

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ

de la



Vicerrectoría Académica
Torreón, México. 30-I-2003

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Revista virtual reconocida por la UNESCO

http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml

Ediciones anteriores del **Mensajero**:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Ing. Juan Ricardo Herrera Valenciano, S.J. Rector
Mtro. Carlos Portal Salas. Vicerrector Académico
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

número **53**

ÍNDICE

	página
Noticias del Archivo Histórico	2
El Fondo Francisco Gómez Palacio	3
El Mostrador. Una casa del viejo barrio de Analco:	
Evocación de vida familiar	7
Libros del Archivo Histórico	11

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez Alemania * Argentina * Brasil
Canadá * Colombia * Chile * España * El Salvador * Estados Unidos de Norteamérica * Francia
Guatemala * México * Noruega * Reino Unido * Suecia * Uruguay * Venezuela

Comité editorial del "Mensajero": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos.
Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

Noticias del Archivo Histórico

Nuevas fichas de catálogo en línea

El pasado mes de diciembre fueron puestos en línea varios miles de nuevas fichas catalográficas correspondientes a fondos históricos de relevancia que se conservan en el Archivo Histórico JAE. Estas se suman a las 51 mil que ya estaban consultables con anterioridad. Entre estos nuevos catálogos virtuales de formato PDF se encuentran los fondos Francisco Gómez Palacio; General Pedro V. Rodríguez Triana; el Familiar Belausteguigoitia-Arocena; Juan Pérez Rodríguez y Concurso Viesca 2002.

Estas nuevas fichas de catálogo requieren el software *Acrobat-Reader* para su lectura. El acceso se encuentra en la página web del Archivo Histórico, en la sección denominada “Catálogos en Línea”.

La Sorbona ofrece a sus doctorandos la lectura en línea de la Colección

Lobo Rampante

Como servicio adicional a nuestros lectores, el Archivo Histórico JAE ha puesto en línea los libros de su Colección Lobo Rampante. A partir del pasado diciembre hemos abierto para ustedes nuestra biblioteca virtual. Los libros han sido digitalizados en formato PDF de máxima calidad para una fácil lectura. El enlace o link para la biblioteca se encuentra en nuestro listado de libros de la colección, al final de este boletín. La Colección Lobo Rampante fue diseñada para localizar y editar (con las respectivas introducciones críticas) materiales inéditos de archivo que fueran relevantes para los académicos especializados en las ciencias sociales. Una prueba fehaciente de que estas ediciones son percibidas como contribuciones al mundo académico consiste en el espacio que la Escuela Doctoral 122 “Europa Latina, América Latina” de La Sorbona, en París, le dedicó en su boletín virtual “Infos Doctorants” al anuncio de la puesta en línea de los seis ejemplares de la colección en la nota “Nouvelle parution sur Internet des six premiers livres de la collection “Lobo Rampante” de l’Archive Historique de l’Université (UIA) Torreón.” Boletín no. 18, semana del 9 al 15 de diciembre de 2002. Desde luego, la nota incluye títulos, autores y link para tener acceso a la biblioteca virtual del Archivo Histórico JAE.

El Fondo Francisco Gómez Palacio

Dr. Sergio Antonio Corona Páez

El Archivo Histórico *Juan Agustín de Espinoza, SJ* de la Universidad Iberoamericana Torreón se encuentra comprometido con la preservación y catalogación de fondos documentales de muy diversa temática y extensión, siendo todos ellos verdaderamente interesantes. Uno de éstos, es el fondo denominado “Don Francisco Gómez Palacio”, que cubre básicamente un período de un siglo 1806-1906 y que está constituido por correspondencia particular y familiar. Lo conforman 3,776 cartas escritas o recibidas en las ciudades de Durango, México y Washington, D.C. Estas cartas nos hablan, entre muchas otras cosas, de la historia económica (agropecuaria y minera) del Estado de Durango, y desde luego, de la carrera diplomática y política del que fuera gobernador de dicha entidad.

Este destacado personaje mexicano del siglo XIX nació en el seno de una aristocrática familia -los Gómez del Palacio- en la Ciudad de Durango en 1824, apenas tres años después de la consumación de la independencia. Su infancia la pasó en los Estados Unidos (Nueva York) y España (Cádiz). A su regreso, y ya en edad conveniente, decidió estudiar leyes. Una vez terminada su carrera, participó activamente en la disputa de límites territoriales sostenida entre su estado natal —al que amaba profundamente y por supuesto, defendió— y Coahuila. Durante la administración de los gobernadores D. Pedro de Ochoa Natera y de D. Benigno Silva —en los ochocientos sesentas— se desempeñó como Oficial Mayor y Secretario. El Lic. Francisco Gómez Palacio fue asimismo Jefe Político del Partido de Durango durante el gobierno de Gral. Francisco Ortiz de Zárate; administrador de rentas del tabaco; magistrado del Tribunal Supremo de Justicia del Estado de Durango; rector del Colegio de Abogados; diputado a la legislatura local y federal; ministro de Gobernación y representante de México ante los Estados Unidos.

Fue nombrado por Juárez jefe de la comisión mixta de reclamaciones que México hacía a ese país.

Don Francisco Gómez Palacio es el autor de un estudio acerca de las reclamaciones de España. A la caída del Segundo Imperio, se convirtió en gobernador del estado de Durango cubriendo el período que comprendió del 2 de diciembre de 1867 al 30

de septiembre de 1868. Impulsó decididamente el establecimiento del tranvía como moderno sistema de transporte.

Notable intelectual y hombre de vasta cultura, don Francisco tradujo la *Jerusalén Libertada*, de Tasso, y el *Orlando Furioso*, de Ariosto.

El Lic. Gómez Palacio tuvo relación con la Comarca Lagunera en diversas ocasiones y de diferentes maneras. Como Secretario del gobernador don Benigno Silva, el 16 de abril de 1863 participó en el decreto de expropiación de las haciendas laguneras que eran propiedad de don Juan Nepomuceno Flores y de don Juan Ignacio Jiménez. Con este decreto se formaban dos nuevas municipalidades en el Partido de Mapimí: la de Zaragoza y la de Juárez. Por causa de utilidad pública, se expropiaban las haciendas de San Juan de Avilés, propiedad del señor Flores —para ser cabecera de la municipalidad de Zaragoza— y la de Santa Rosa, propiedad del señor Jiménez —que sería la cabecera de la municipalidad de Juárez—. Tanto don Juan Nepomuceno Flores como don Juan Ignacio Jiménez obtuvieron sendos amparos contra el decreto citado anteriormente basándose en que no hubo previa indemnización, como lo requerían las leyes de la época, quedando sin efecto la expropiación. El historiador Eduardo Guerra percibió en este frustrado intento de crear la municipalidad de “Juárez” con la Hacienda de Santa Rosa, el primer ensayo de fundación de la ciudad de Gómez Palacio.

A continuación transcribimos tres documentos de este importante acervo histórico. Se trata de sendas cartas: la primera, escrita en la hacienda de Santa Rosa (ahora Gómez Palacio, Durango) por don Juan Ignacio Jiménez, fechada el 22 de noviembre de 1854. Lleva por signatura FGP, caja 3, carpeta 111, documento 8. La segunda, escrita desde Nombre de Dios por el señor Bonifacio Lavín y fechada el 17 de septiembre de 1852. La signatura es FGP, caja 2, carpeta 33, documento 7 en dos fojas. La tercera, del mismo autor que la anterior, fecha en Nombre de Dios el 16 de septiembre de 1850. Su signatura en el Archivo Histórico JAE es FGP, caja 2, carpeta 9, documento 10.

Texto de la primera carta

“Fran(cis)co Gómez Palacio.

S(an)ta Rosa Nov(iembr)e 22/854

Mi muy estimado comp(adr)e y amigo.

Por fin parece que D. Bacilio no quiere anticipar un p(es)o a c(uen)ta de los 400 quintales de algod(ó)n que le vendo a 21 p(eso)s en el ojo de agua, entregados en ab(ri)l. Ahora le escribo que si gusta anticipar siquiera 1500 pesos le daré el algod(ó)n, pues de otra suerte no puedo, porque tengo que pagar la conduc(ción) a Mapimí y el despepite en la máquina.

Jesús mi herm(an)o le ha de mandar a V. su poder y sus instru(ccio)nes para un neg(oci)o que tiene pend(ien)te sobre límites de terrenos y esp(er)o que V. lo sirva con aquella eficacia que le es propia.

No hay otro asunto por hoy y me repito su más af(ectísi)mo compad(r)e que at(en)to s(u) m(ano) e(strecha)

J(ua)n Yg(naci)o Jiménez”

Texto de la segunda carta

Al margen “Vuelva V. a decirle a Joaquín Bravo, que su limosna está contenida, mientras me mande fondos”. Al centro “N(om)bre de Dios, Sep(tiem)bre 17/852

Querido Pancho: no puede salir la remesa de barriles hasta el lunes 20, porque no están completos los Barriles. Dn. Pedro se lamenta porque le hacen falta los 12 o 14 burros fletadores, y yo no puedo conseguir en ésta, por más diligencias que hago para el Objeto.

Por la de V. del 11 veo las dificultades que ha habido para conseguir el papel y algodón y espero que p(a)ra el próximo viage de Fabián los tendrá U. comprados lo mejor que se pueda.

Yo no puedo tomar por mi cuenta el trigo sino bajo la condición de que me dé U. plazo de cinco meses para cada partida que reciba, pues solo de este modo podré realizarlo y no faltar al compromiso. Aún nada me dice Pescador sobre entrega, de modo que infiero que este negocio camina con mucha lentitud.

Aunque estamos satisfechos de la mejora de Papá, aún tenemos bastante cuidado hasta saber que está completamente bueno. También tenemos mucho cuidado por los

graves trastornos que se le siguen a Ant(oni)o con su distancia, y espero siga U. diciéndonos cómo sigue su causa.

Espero me remita U. certificado del líquido producto de mi última plata.

Estoy esperando sellos 4^os y 5^os que pedí a U. en una de mis anteriores.

Sin otro asunto me repito aff(ectísi)mo herm(an)o:

Bonif(aci)o Lavín

He abierto después de cerrada para consultar a U. si los Guardas de la R(en)ta deben pagar contribución de Esentos de Guarda Nacional, pues aquí se ve hoy el caso de que Flores está arrestado por no haber querido pagar.”

Texto de la tercera carta

“Nombre de Dios Sep(tiem)bre 16/850

Querido Pancho: aprovecho la ocasión de regreso de Cecilio para remitir a U. con él y demás Guardas 70 rejas de Plata con peso de ochenta y cinco marcos tres y media onzas (85 ms. 3 ½ onzas) con cuyo imp(or)te, amonedado que sea, cubrirá U. la cuenta de Tabacos, y lo que resulte demás a nuestra cuenta particular. También remito por oficio un recibo de 83 p(eso)s 2 r(eale)s 8 gr(ano)s del S(eñ)or Juez de Letras.

Me quedan en ésta 300 p(eso)s en dinero pero los dejo para juntar otros 80 o 100 marcos a fin de poder fundir barretas.

Parece que los fríos nos han dejado tanto a Lola como a mí, pues ayer que debieron haberle dado según le daban, no hubo novedad, circunstancia que me tiene contento, pues creí según el último acceso que tuvo no le cederían tan pronto.

Suponemos a U. muy divertidos con las preparativas baylantes, y deseamos gusten también por nosotros.

Su aff(ectísi)mo hermano:

Bonif(aci)o Lavín”

EL MOSTRADOR



UNA CASA DEL VIEJO

BARRIO DE ANALCO:

EVOCACIÓN DE VIDA
FAMILIAR

Jaime Muñoz Vargas

Aunque no necesariamente todo tiempo pasado haya sido mejor, no cabe duda de que, guardado en la bóveda de la memoria, el pretérito nos hechiza y nos atrae como si en realidad a Jorge Manrique le asistiera la razón. El tiempo ido tiene acaso tal imán porque al unísono lo sentimos muerto y vivo: muerto e irrecuperable, pero vivo y reconstruible gracias al documento —escritura, fotografía, objeto, entrevista— que posibilita un relato impulsado a veces por la nostalgia que lo tiñe de poesía y, en efecto, parece confirmarnos que todo tiempo pasado fue mejor. En el caso de la recordación familiar —donde la confianza nos remonta al cálido espacio de la niñez—, el pasado se teje con el hilo de la emoción y logra configurar ante los ojos del lector una experiencia a caballo entre lo histórico y lo literario: por un lado está la consignación de los datos positivos extraídos de aquellas fuentes documentales que se tuvieron a la mano, y, por el otro, la lectura/interpretación mediada por el cariño directo a los protagonistas del relato.

Una casa del viejo barrio de Analco, textos e imágenes de una historia de familia, de la comunicóloga Bertha Rivera Fournier, es un bello y noble ejemplo de memoria familiar. Tan bello y noble lo parece que es posible apurar una pregunta: ¿por qué no hacemos eso todos los que atesoramos en el recuerdo una infancia colmada de perplejidades? ¿Por qué no apelar a la escritura para preservar las historias familiares? De

alguna manera, la historia de Bertha de Rivera es la de todos porque nos remite a un espacio emocional, a la niñez asombrada, al espléndido universo de la infancia que, ya ido, deja una marca tatuada en el espíritu, una marca que nos acompaña a cualquier parte y se convierte en santo y seña de nuestros valores y de nuestras aspiraciones. De ahí que sea terrible hurtarles a los niños su presente de juegos y de cercanías queridas; al robarles ese fragmento de la vida, al negarles el afecto y la alegría, condenamos al adulto a vivir con una memoria impregnada de resentimiento y de dolor.

Armado en seis partes, *Una casa...* nos permite echar varias miradas al interior de un recinto donde habitaron las presencias queridas de una familia y la atmósfera espiritual que la rodeó. Bertha Rivera Fournier (comunicóloga, maestra y editora además), ha escrito su primer libro equipada con una doble experiencia: en primer lugar, la materia le es propicia; el tema, al estar íntimamente ligado a su persona, se convierte en surco fértil para la semilla verbal; en segundo, su aprendizaje del oficio literario le permite hilvanar un relato aseado y emotivo. Las dos experiencias se conjugan y logran que *Una casa...* nos hechice. Entramos al libro como si entráramos a la casona: abrimos los ojos, llevados de la prosa, que es la mano, de Bertha Rivera, y avanzamos por su zaguán, por su reposada sala, por sus habitaciones, por su patio; salimos a la calle y una racha de aire puro, espeso de sol, nos recuerda que estamos en provincia, que el tiempo rueda allí a un ritmo calmo, pausado, todavía lopezvelardeano. No tan lejos escuchamos campanadas; la gente se saluda con mucha cortesía. Vamos por la calle Arista de Durango capital. El tiempo rueda aquí a un ritmo calmo.

Bertha ha expresado inmejorablemente que la escritura de *Una casa...* comenzó “Con los recuerdos y un poco con la nostalgia que se siente al asomarse a la ventana de la memoria”. De manera sutil y eficaz, poética, la autora mira por esa ventana, en efecto, y gracias a la escritura logra que nosotros, sus lectores, contemplemos el sosegado devenir de su experiencia familiar en el ámbito de una casa inapreciable. Expresado de otra forma, Bertha Rivera abre los postigos de su memoria y nos permite a todos admirar la evocación de su pasado, un pasado transcurrido en “su segunda casa”, la de los abuelos paternos situada en el barrio de Analco. Estamos allí en mil novecientos setenta y tantos; el lugar, sobre la página, revive ahora al ser recuperado por la nostalgia:

En ese barrio de Durango deben haber elegido vivir aquellos que preferían sentir lo que yo sentí también: que todo transcurría a un ritmo diferente; que d

espacio recordaba al de un pueblo en alguna otra parte; que la Acequia y los árboles de la Alameda formaban un límite apenas perceptible por el aire que se respiraba más limpio y olía distinto (a eso me refiero cuando digo que olía a pueblo, un olor que para mí será siempre agradable, a tierra —mejor aún: a tierra mojada—; a banquetas salpicadas de agua y recién barridas, a macetas regadas y flores, al aroma del arroz, de una sopa de pasta, que se escapa por la ventana); que el verdor y el azul del cielo —hermosísimo cielo duranguense— en ese rumbo se advertía más azul, más poblado de nubes, y en las noches, más brillante.

Pero el espacio físico no es nada si no está poblado por la presencia humana; el barrio, la casona, el mercado, la iglesia de San Juan Bautista adquieren vida gracias a los hombres y las mujeres que enlazan sus destinos en ese pequeño ámbito. Bertha Rivera lo supo bien al darle forma al piélago de sus recuerdos; de hecho, la casa parece una presencia secundaria al lado de Celia, su abuela; de Roberto, su abuelo; o Sergio Luis, su padre; de Berthita, su madre, de Jorge, su tío jinete; de Norín, la añorada cocinera, de todas esas almas que remontan sus orígenes al siglo XIX y que, como ríos subterráneos, desembocan en la relatora Rivera Fournier.

Una figura, sin embargo, gravita más en la memoria de la autora. Es la “abue” Celia, personaje cuyo perfil espiritual es dibujado por su nieta, por el recuerdo y la pesquisa documental de quien la observó con una admiración evidente hasta la actualidad. La abuela Celia Guadalupe, para su nieta escritora, es el tronco de un árbol desde donde se ramifican, y enraizan, todos los demás afectos familiares consignados en *Una casa...* El mundo de la infancia es recorrido palmo a palmo, momento tras momento, hasta ensamblar con esa exploración una pieza histórico-literaria estupendamente lograda.

Hay que plantear, desde luego, a qué género responde *Una casa...* Me atrevo a decir que este libro es, no sé si estoy en lo correcto, un ensayo iconotextual de vida familiar; ya el subtítulo del libro lo propone: “Textos e imágenes de una historia de familia”. A partir del recuerdo de dos elementos recurrentes (la abuela Celia y la casona de Analco), la investigadora hunde la mirada en su pasado propio pero apela además a otras fuentes, muchas de ellas contenidas en el libro como fotos, cartas, papelería comercial, etcétera. Asimismo, la investigadora anota en sus agradecimientos que buena parte de este mural familiar ha sido pintado gracias a la tradición oral, herramienta de suyo imprescindible en obras de esta naturaleza, evocativas, nostálgicas.

Las fuentes de información externas son fotos, documentación escrita y entrevistas

con sus familiares, es cierto, pero ese material no serviría de mucho si no estuviera complementado, engarzado más bien, por la fuente de donde mana la mayoría de los renglones: la memoria. Bertha Rivera que con una prosa irreprochable, fluida y no exenta de trazos hermosamente articulados, tanto así que no sería hiperbólico proponerla como dechado de pulcritud estilística, narra los momentos más representativos de la casa de Analco y, gracias a ese ejercicio, revive ante los ojos del lector instantes de vida cotidiana que si no fuera por la palabra se borrarían para siempre. Es precisamente eso, a mi ver, lo lamentable de que no escribamos más sobre nuestro pasado inmediato: innumerables personajes, infinitas maneras de percibir la realidad, incontables anécdotas se diluyen en el olvido y mueren con la muerte de quienes las vivieron. La escritura sobrevive más que los hombres, más que las paredes, más que el hierro y la madera de aquella casa que albergó risas, llantos, canciones y bailes, olores y colores hoy extintos pero curiosamente renacidos por el milagro de la palabra escrita.

No creo que sea necesario colgar más elogios en el comentario sobre este delicado y dedicado libro. En él, ya lo insinué, hay vida cotidiana de cuerpo entero, una casa, un barrio de Durango capital, la comida, su gente, sus recorridos a la sierra y a “su playa” (Mazatlán), su fiesta, su literatura, su música, sus creencias, la provincia en suma condensada en aquella casa y en sus moradores antiguos y modernos.

Un libro es un producto del espíritu. Luego entonces no se le pide a fuerza que sea bello, pues su valor radica más en su alma que en su cuerpo. Pero cuando un libro alcanza a ser sabroso a la vista, el objeto es doblemente agradecible. *Una casa...* es un libro bien editado, bien barrido de erratas, oloroso a cuidado tipográfico e icónico, ornado con deseos de ser una pieza grata a las pupilas y a la sensibilidad de los lectores. No era para menos: si este libro es el libro de una casa y de una familia sana, tenía que ser un libro donde resonara la frescura en cada una de sus páginas, una frescura por la que bien merece el premio de ser leído.

Una casa en el viejo barrio de Analco. Textos e imágenes de una historia de familia,
Bertha Rivera, Instituto Municipal de Arte y Cultura de Durango, Durango, 2002, 93 pp.

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO

COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

- 1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

<http://www.lag.uia.mx/archivo/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>